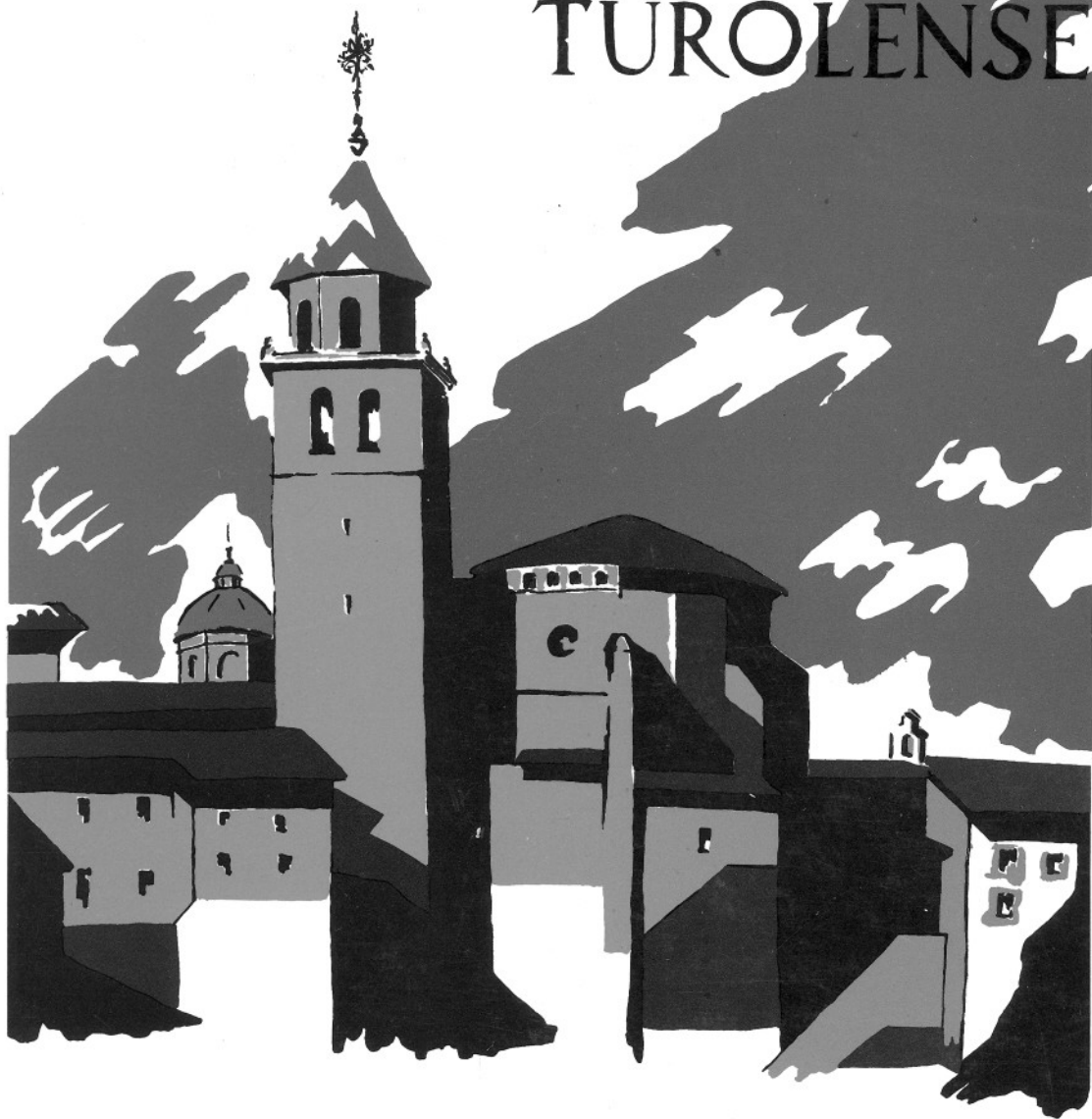


2<sup>as</sup> JORNADAS SOBRE  
PATRIMONIO  
ARQUITECTONICO  
TUROLENSE



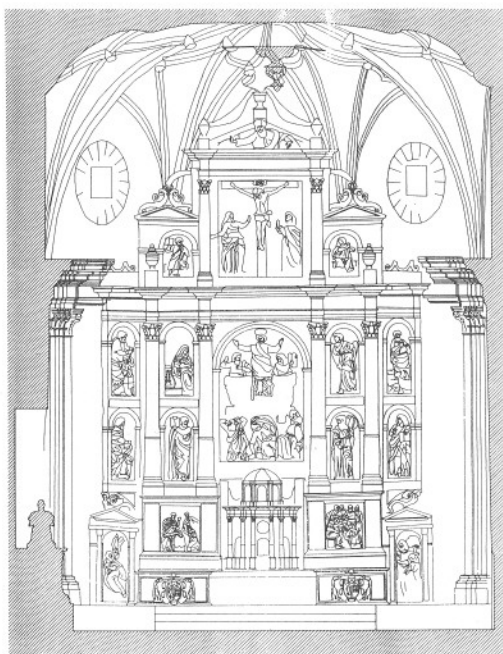
## EL PATRIMONIO URBANO Y ARQUITECTONICO DE LA SIERRA DE ALBARRACIN

Hace cinco años, el Instituto de Estudios Turolenses me encargó que preparara, para su serie de Cartillas Turolenses, una sobre Urbanismo y Arquitectura de la Sierra de Albarracín. El tema tenía para mí un doble interés. En primer lugar considero que es muy escasa la difusión que existe a nivel popular de temas que tanto nos tocan en la vida diaria como son el urbanismo y la arquitectura. Y eso que constituyen el marco en el que se desarrolla la mayor parte de nuestra vida y de nuestras relaciones sociales. Todo lo que incite a la gente a reflexionar sobre estas cuestiones servirá a una participación más activa en las decisiones a tomar en temas tan vitales.

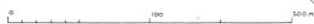
Por otro lado, recuerdos de infancia, testimonios de gente mayor y reflexiones más recientes me hicieron ver los valores que esta modesta arquitectura y el urbanismo de los pueblos de la Sierra, encierra y la enorme sabiduría anónima y popular que en muchas de sus soluciones se vislumbra. La realización de esta Cartilla fue para mí muy gratificante al permitirme ahondar en estas reflexiones, viéndose solo perturbada por la excesiva demora que ha sufrido su publicación. No es que albergue ninguna esperanza desproporcionada de que este modesto trabajo pueda servir para salvar algo de lo poco que va quedando. Pero no cabe duda de que cuantos esfuerzos omitamos para salvar esta parte de nuestro patrimonio cultural, serán acciones que agraven la ya de por sí precaria situación en que se encuentra.

La Sierra de Albarracín constituye una entidad social con carácter propio. El medio físico y los hechos históricos han contribuido a distinguir esta región de las limítrofes no solo en lo puramente geográfico o en lo político, sino también en lo social, al haber ayudado a conformar el carácter de sus gentes, sus costumbres y sus medios y forma de vida. Aun cuando hoy las nuevas realidades sociales, los medios de comunicación, la facilidad de transporte y la difusión de nuevas formas de trabajo, producción y consumo, tienden de manera cada día más aplastante a hacer desaparecer estas diferencias que los antiguos sistemas sociales y económicos fueron marcando, sigue siendo patente la diferencia de carácter entre un serrano, un natural del valle del Jiloca o un conquense.

Quizás sea el carácter de las gentes lo que más tarda en cambiar, pues en gran medida pertenece a la herencia psicológica recibida de padres y familiares en la infancia,



Catedral de Albarracín



Jabaloyas

cuando aun el individuo no ha conocido otras realidades. Las formas de vida y de relación se ven más fácilmente alteradas por las presiones sociales externas. Y de forma mucho más brusca se alteran las bases económicas, hacia las que el ser humano resulta más sensible.

La sociedad de la Sierra ha sufrido en este último medio siglo profundas transformaciones, como de hecho la ha sufrido toda la sociedad española, y de forma más palpable la que habitaba en un medio rural. Las gentes han ido cambiando de hábitos y costumbres, y consecuentemente, se han visto alterados los marcos en que se desarrollaba su vida. Pueblos y viviendas, masadas y majadas han cambiado de aspecto y de forma cuando no han visto perder su utilidad y se han encontrado abocados al abandono y a la ruina. La arquitectura tradicional, que albergó la vida de las gentes de la Sierra durante siglos, y las estructuras urbanas que fueron el marco de sus actividades y relaciones sociales, han sufrido tan hondas transformaciones que resultan ya en muchos casos difíciles de comprender y de utilizar por sus hoy escasos pobladores.

Si consideramos que es la arquitectura una de las manifestaciones más palpables de la cultura de un pueblo, fácil es comprender que esta realidad expresa otra más profunda de transformación cultural. Pero hay que reconocer que muchos de los aportes culturales introducidos en estas sociedades rurales no han supuesto un avance tan claro como a veces se quiere hacer ver. Junto a una indudable mejora de la calidad de vida, en ocasiones más basada en un simple aumento del confort que en un auténtico progreso social y cultural, aparecen serias agresiones al medio físico, ambiental y paisajístico y profundas alteraciones en las relaciones del hombre con el medio e incluso de los individuos entre sí.

No he pretendido, desde luego, analizar las transformaciones sociales y culturales acaecidas en los últimos años. Ni tan siquiera abordar su influencia directa en las estructuras urbanas y en la arquitectura de la Sierra. Mi intención ha sido tratar de analizar el urbanismo y la arquitectura tradicionales de la región, estudiando su adecuación a las circunstancias y al medio en que se formaron. De ahí quizás se puedan deducir las relaciones que existieron entre la realidad social y económica de las gentes, el medio físico y la arquitectura en que se desarrollaron aquellas. Y la finalidad de todo esto no es la de un mero ejercicio nostálgico sobre el tópico de la hermosura de tiempos pasados, que por demás podemos comprobar que fueron muy duros. Pienso que el estudio de estas interrelaciones hombre-medio-arquitectura pueden servir a los habitantes de estos pueblos serranos de hoy, a valorar en lo que se merecen esas casas y esas estructuras urbanas. A saber entender su razón de ser y a poder conocer por tanto y en su caso, su utilidad actual o las posibilidades de su adaptación a las necesidades de hoy. Y en todo caso, a no despreciar las formas de vida de sus mayores de los que han heredado un patrimonio cultural valioso.

A los políticos y a los técnicos que a veces intervienen de forma tan irreflexiva sobre estas estructuras con innovaciones en ocasiones más propagandísticas que útiles, quisiera llamarles a una reflexión sobre la forma de llevar a cabo muchas de sus actuaciones. Y especialmente a los arquitectos que directa o indirectamente intervienen en la transformación y en demasiados casos, en la "destrucción" de estos pueblos y de su arquitectura, desearía que les sirviera el ejemplo de tanta arquitectura modesta, sin autor y sin ningún afán de protagonismo, pero funcional para las necesidades para las

que fue creada y con aprovechamiento de los medios entonces disponibles. Todo ello fruto de la experiencia recogida, acumulada y transmitida por esos autores anónimos.

Durante mi deambular por los pueblos serranos mientras recogía datos para la redacción de la Cartilla, he podido comprobar las transformaciones profundas sufridas por los pueblos. Dos términos de referencia he tenido para esta constatación: mi experiencia y mis recuerdos de niño cuando empecé a recorrer la Sierra con mi padre, y lo que éste me contó de sus recuerdos de muchacho cuando la recorría con mi abuelo. Algunos de los análisis que voy a exponer se basan en esas referencias lejanas, pues en muchos casos las transformaciones acaecidas en las estructuras de los pueblos las hacen difícilmente comprensibles si no se conoce su estado anterior.

De todos modos, de mi experiencia reciente he podido constatar el progresivo deterioro de los valores urbanísticos y arquitectónicos que los pueblos tenían. La falta de un planeamiento racional que evite acciones excesivamente habituales, como la edificación indiscriminada en la periferia, sin estructurar espacios ni vías urbanas y sin respetar elementos naturales que estuvieron integrados en otro tiempo dentro de la propia estructura, o como la ausencia de mecanismos que permitieran recuperar los edificios o solares abandonados dentro del perímetro urbano evitando un crecimiento en extensión no acorde con la evolución demográfica, son algunas de las causas inmediatas. Pero indudablemente, detrás de ellas hay una ruptura de la continuidad cultural, de esa experiencia acumulada y transmitida que dió lugar a esas formas urbanas.

Lo mismo cabe decir de la arquitectura. Da pena ver esa hermosa serie de edificios consistoriales burdamente transformados por restauraciones chapuceras, hechas sin ningún respeto hacia lo que significan y lo que fueron esos edificios-lonja. Salvo excepciones, los que aun conservan algo de su gracia, están por otro lado en una precaria situación física. Las grandes casonas de la Sierra, morada en otro tiempo de los propietarios de grandes rebaños, que fueron la riqueza del país, se encuentran hoy en ruinas o terriblemente mutiladas. Sus hermosas rejjas y aleros, muestra de otras dos producciones básicas del país, van desapareciendo por ruina o por venta a los anticuarios. Frente a ello se ven aparecer edificios modernos, carentes de sentido, en estilos "alpino", "moderno" o "postmoderno", según el particular capricho del dueño o del arquitecto, que nada tienen que ver con el medio en que se asientan y que en último caso solo expresan pobreza cultural.

Pese al deterioro, en muchos casos irreversible de este urbanismo y de esta arquitectura, me pregunto si aun cabe defender lo que va quedando. Medios podrían arbitrase. Lo que hacen falta son gentes con ilusión y amor a la tierra y al patrimonio que representan estos pueblos, para llevarlo a cabo. Es preciso hacer planeamientos urbanos sin aires de grandeza y sin direccionismos de intereses particulares, que aprovechen al máximo las estructuras existentes y conservador de los valores tradicionales. Hay que aprovechar los medios disponibles para rehabilitación y aplicarlos a la conservación racional de los edificios, no empleándolos en groseros desmantelamientos y burdas transformaciones. Y hay que hacer que en las inversiones públicas se de ejemplo. Como muestra de lo que debería evitarse podríamos mencionar esas pavimentaciones de calles de aire tercermundista con bordillos de cemento que conforman aceras inútiles, que nunca existieron en los pueblos porque nunca, y ahora tampoco, fueron necesarias. (Y hasta aquí en Albarracín parece que se quieren colocar también).

O esas desafortunadas "restauraciones" de las casas consistoriales a las que ya hemos hecho alusión.

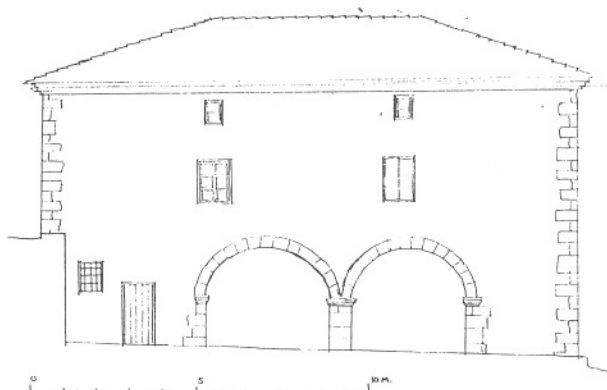
La arquitectura y el urbanismo de nuestros pueblos encierran valores útiles para la vida actual. Solo con el amor, el saber y el esfuerzo de todos, administradores, técnicos y habitantes, ya sean permanentes o temporales, podremos conservar esa herencia acumulada durante siglos y que sigue siendo útil y valedera en gran medida.

Desde el punto de vista del urbanismo, me gustaría enfatizar el muy distinto carácter que tiene la ciudad respecto de los pueblos. Las necesidades defensivas obligaron a la ciudad a encerrarse en sí misma, limitando su relación con el entorno a tres puertas y unos pocos portillos. Dentro de su recinto murado, la escasez de terreno disponible obligó a organizar calles estrecha, casi sin plazas ni espacios libres y encerradas por la edificación que no permitía ni siquiera un contacto visual con el exterior. Hay que hacer notar aquí las profundas transformaciones que ha sufrido la ciudad en este aspecto. Barrios enteros, como el de San Juan, situado entre el castillo y la iglesia de Santa María, han desaparecido casi en su totalidad. Lo mismo ha ocurrido con toda la ladera oriental, en la zona por la que hoy sube la carretera hacia Santa María, en la que antes de la guerra de la Independencia hubo un importante barrio industrial con talleres de paños e hilados. En el resto de la ciudad, sobre todo después de la Guerra Civil, han quedado solares sin edificar, algunos de los cuales se han transformado en plazas o jardines, modificando el primitivo carácter cerrado de los espacios urbanos.

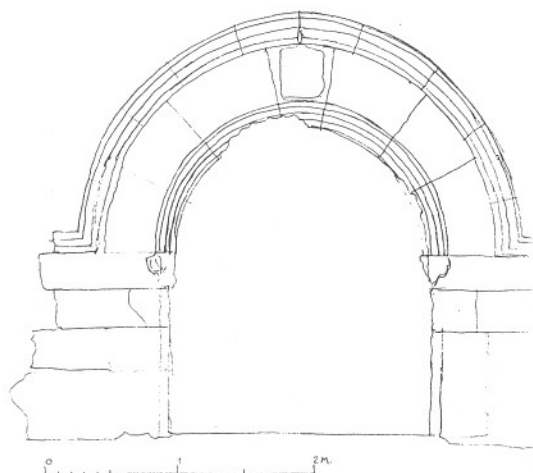
Frente al carácter eminentemente urbano de la ciudad, en los pueblos serranos la actividad ganadera ha dejado profunda huella en su forma y su organización. El pastor es hombre de campo, que pasa la mayor parte del día con los ganados en contacto con la naturaleza, muchas veces en soledad. Los pueblos en que habita son abiertos, soleados y espaciosos. La necesidad de acercar los rebaños a las casas ha hecho que éstas se dispongan dejando amplios espacios libres y que las calles muchas veces no sean más que una secuencia de pequeñas plazas cerradas por las viviendas, generalmente de dos plantas, y las tapias de corrales y apriscos.

Un bello ejemplo de esta disposición lo encontramos todavía en el pueblo de Jabaloyas, quizás el que mejor había conservado hasta hace muy poco su carácter primitivo. Situado al pie del Jabalón, que como elevada atalaya parece vigilar toda la Sierra, su caserío se extiende en una zona de poca pendiente de su ladera norte. En la disposición de edificios y calles no hay aparentemente una estructura preconcebida. Las casas, en general de piedra, delimitan amplios espacios, articulados por tramos de calle más estrechos. En muchos casos, tapias de corrales o parideras se integran en la delimitación de los espacios urbanos haciéndolos difícilmente asimilables a una calle propiamente dicha. Algunos de estos espacios cobran una significación especial por la presencia de un edificio singular. En un caso es la iglesia, con aspecto de auténtico castillo. En otro caso la fuente. Pero el espacio más interesante y que constituye una constante en estos pueblos serranos, es el constituido por una gran esplanada en la zona sureste, bordeado de casa sólo en tres lados y abierto por el cuarto hacia el campo. En esta esplanada están algunos de los edificios más interesantes del pueblo, como la llamada Casa de la Sirena, algunas otras casas con portada de arco de medio punto y una construcción de una sólo planta que tiene dos grandes arcos tapiados en forma de lonja y que ostenta en su fachada el escudo de un obispo de Albaracín. No hay en todo el pueblo un espacio con carácter de plaza mayor como existe en tantos otros

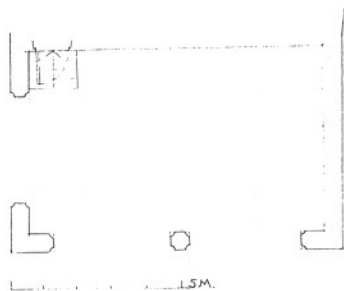
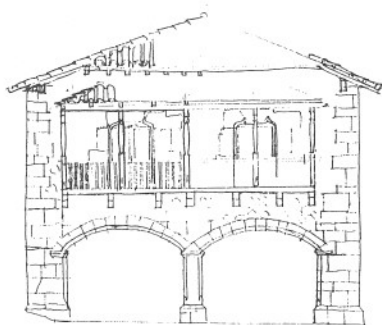




Ayuntamiento de Saldón



Puerta de casa. Terriente



Ayuntamiento de Terriente

pueblos de la geografía española. Es ésta una de las características principales de los pueblos de la Sierra. La plaza mayor, como tal no existe y en su lugar aparece un espacio abierto, generalmente un prado, que tiene el carácter de espacio público principal. Como es lógico, este espacio está situado siempre en la periferia del pueblo, y en él se sitúan los edificios más sobresalientes a excepción de la iglesia. Hacia el pueblo, lo limitan las fachadas de estos edificios, que suelen ser grandes casonas, y el ayuntamiento con lonja o soportal. En el otro extremo suele haber un río o arroyo. Este espacio está generalmente orientado hacia el sur. A él confluyen las calles principales y muchas veces en él hay una fuente.

Este espacio surge como una necesidad de la ocupación principal de las gentes de estos pueblos. En él se congregaban los rebaños y allí tenían lugar muchas de las actividades relacionadas con ellos. En los días de diario, en este prado pastaban los animales más vinculados a las casas. Allí se celebraban las fiestas y los bailes y en el carasol de los edificios que formaban la fachada del pueblo se sentaban las gentes en los días más benignos del invierno para disfrutar de su agradable orientación. Este espacio era lugar de contacto entre el pueblo y la naturaleza, lugar en que ésta se incorporaba al urbanismo en una sabia solución. Esa eterna búsqueda del urbanismo actual de integrar la naturaleza en la ciudad estaba aquí resuelta, de forma espontánea y como sin quererlo, en lugares en donde aparentemente menos necesidad había.

La continuidad que estos espacios tenían en el paisaje, les confería una calidad envidiable. La esplanada se prolongaba normalmente en un prado o dehesa al otro lado del río o arroyo que se extendía por el fondo de la val en que los pueblos se asienta. Más allá, cerrando el escenario, la mancha oscura de los pinares hacía de telón de fondo.

Hablo de estos espacios en pasado, porque casi ninguno, en la actualidad, mantiene su carácter original. Los relatos que de alguno de ellos me hacía mi padre y el análisis de las transformaciones sufridas, me han permitido revivirlos en la imaginación. Algunos han sido simplemente destruidos edificando los prados sin orden ni concierto, como ha ocurrido en Villar del Cobo, que debió ser uno de los más sugestivos y hermosos, o en Frías, en el que apenas queda rastro de él. Otros se han transformado en espacios cerrados con carácter de plaza urbana, como en Orihuela del Tremedal o en el Arrabal de Albarracín. En otros casos se mantienen en una situación intermedia al haber quedado parcialmente cerrados y transformarse su uso como en Valdecuencia, Saldón o Torres.

Como ya hemos visto que ocurre con el urbanismo, la arquitectura de la ciudad de Albarracín tiene unas características particulares que la diferencian de la construida en los pueblos. Varios son los condicionantes que indujeron a esta diferenciación. En primer lugar, la angostura de espacio dentro de la ciudad que obligó a edificar en altura, alcanzándose en ocasiones hasta las seis plantas, cuando en los pueblos de la Sierra no se pasa de las tres. Otra característica es el empleo, más abundante si cabe, de las estructuras con entramado de madera y relleno de yeso. El yeso es material característico en Albarracín, más incluso que la piedra. En la Sierra las casas suelen ser de piedra en su casi totalidad. La arquitectura de madera y yeso es más liviana que la de piedra, lo que reduce el volumen de materiales a utilizar y en el caso de la ciudad, economiza el costo de la obra por la dificultad de acceso de los mismos a ésta. Por otro lado, en las casas de los pueblos se aprecia más claramente su carácter agrícola y ganadero



mientras en muchas de las ciudades no hay cuadra ni cuartos para los aperos.

La mayor parte de la arquitectura residencial de la ciudad la integran casas modestas, construidas con entramados de madera y tabicones de yeso rojizo que confieren el color característico al conjunto. Tres tipos de edificios de uso residencial existen en la ciudad: Las grandes casonas, los edificios de tamaño intermedio y lo que podríamos considerar casa de tradición medieval. Las casas más sobresalientes son en su mayoría posteriores al siglo XVII, y pertenecieron a familias que no eran más que grandes pastores. El sistema foral y la propiedad comunal de la mayor parte del territorio nunca permitieron la existencia de nobles con privilegios jurisdiccionales ni de terratenientes con latifuncios. La arquitectura de estos edificios más singulares no deja, en todo caso, de ser modesta en su tamaño y en su prestancia, obligadas por la falta de espacio dentro de la ciudad y los rigores del clima.

Entre las características más sobresalientes de estas casas podemos citar el tener fachada blasonada, con gran portalón, amplio zaguán y escalera unida a éste que en los más de los casos se remata con la característica torre-lucernario. Las casas más antiguas suelen tener arco de medio punto en la puerta principal, como el de la Casa de la Comunidad que debe ser de los edificios más antiguos de la ciudad. En el siglo XVII y sobre todo en el XVIII, las puertas son mayoritariamente rectangulares con dintel adovelado. Tras el portón principal, que permite siempre el acceso de caballerías, hay un zaguán, generalmente empedrado del que arranca la escalera. Esta puede ser de planta cuadrada y rematada en torre-lucernario, como las ya mencionadas, en cuyo caso suele ubicarse en espacio independiente del zaguán, o arrancar dentro del propio zaguán hasta una entreplanta que presenta una galería con barandilla hacia el espacio de aquel. A partir de aquí, la escalera suele continuar con tramos rectos ya fuera del zaguán. De este segundo tipo podemos mencionar la antigua Casa de la Brigadiera, que hoy alberga el Hotel Albarracín, la frontera de ésta que perteneció a los Dolz de Espejo, y la de los Sánchez Moscardón, inmediata al Portal de Molina.

De las casas con torreón-lucernario en la escalera, destaca el Palacio Episcopal. En este caso no hay zaguán propiamente dicho, sino un patio empedrado al que se accede por un portalón con bello arco de cantería decorado con pilastras y el escudo del obispo Juan Navarro Salvador y Gilaberte. En el lado norte del patio había un solanar con columna central que fue tapiado en reforma posterior. Al otro lado un doble arco da acceso a la monumental escalera, rematada en torre con ventanas y en cuyo techo vuelve a aparecer el escudo del mismo obispo. En el piso alto aún se conservan los salones que servían de residencia al prelado, junto con la capilla decorada con ingenuas pinturas y la gran cocina con su campana para fuego bajo. En el lado que mira hacia el río tiene este edificio una bella galería de madera, elemento también característico en la arquitectura de Albarracín.

Las casas de tamaño intermedio suelen ser replica a escala menor de las antes estudiadas. Poseen un zaguán reducido, en comunicación con la escalera que es generalmente de planta cuadrada y tres o cuatro tramos por planta con hueco central, aunque no tienen torre-lucernario. Rejas y carpinterías suelen ser sencillas y carecen de elementos de cantería, salvo en algún caso en que la puerta tiene jambas y dintel labrados. Constructivamente suelen tener los muros exteriores portantes, de mampostería en la planta baja y con estructura entramada de madera rellena con yeso en las altas. En el interior hay pilares de mampostería cogida con yeso en que apoyan las

jácenas o vigas principales. Los pisos se forman con vigas de madera y revoltones de yeso.

De lo que debieron ser las casas medievales primitivas casi no queda ningún ejemplo. Su pequeño tamaño obligó en épocas posteriores a agrupaciones de varias para formar otras más amplias. Estas viviendas no tendrían más de 20 ó 30 m<sup>2</sup> de planta. A nivel de calle o más abajo cuando existía planta inferior a ésta, estaba la cuadra y si había sitio, un cuarto para aperos y almacén con acceso desde un pequeño zaguán. En la planta inmediata superior estaba la cocina con el hogar debajo de su campana. Aquí se hacía la vida cotidiana y en algún caso, hasta se dormía, si no había alcobas. En la siguiente planta estaba la o las alcobas y por último, encima, había un granero.

La arquitectura de los pueblos y masadas de la Sierra, aunque es de características muy similares a las de la ciudad, presenta también diferencias. Las más notables provienen de la mayor disponibilidad de espacio para planificar y construir las casas, por lo que no existen edificios de más de tres plantas ni de perímetro tan irregular como muchos de la ciudad.

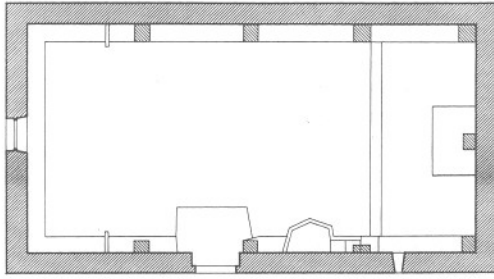
El clima y los materiales de construcción como condicionantes externos y las costumbres y forma de vida como internos son los configuradores de las formas arquitectónicas de la Sierra. El material de construcción más utilizado es la piedra. Las calizas del Jurásico, rocas muy abundantes en el país, o las areniscas rojas del Triásico, se utilizan según los sitios. La técnica de colocación en los muros suele ser la mampostería, hecha con piedras irregulares, sin labrar. Sillares labrados se utilizan en esquinas y recercados de huecos, aunque sólo en los edificios de más calidad. Las piedras se asientan con mortero de cal o a veces con yeso y se rejuntan los intersticios entre piedras hasta recubrir parte del frente de éstas y formar una superficie sin huecos ni resaltes que evita la penetración del agua a través del muro. Las piedras calizas suelen tener coloración blancuzca o gris, que merced a la acción de la intemperie va tomando tonos ocres, al igual que los morteros. Cuando se emplea la piedra roja de rodano, las fabricas tienen más fuerte colorido, que destaca sobre todo al mezclarse paños de mampostería de caliza con elementos de sillería de rodano, alternancia largamente utilizada.

Salvo en los casos en que los cercos de huecos son de cantería, los dinterles de puertas y ventanas se hacen con madera, material abundante también en el país, al igual que los pisos y estructuras de los tejados. Las ventanas se protegen con rejas de forja que en ocasiones presentan bellos diseños y son fruto de una tradición artesanal muy difundida en toda la Sierra.

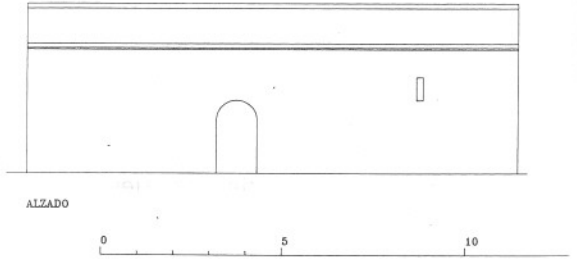
El otro material extensamente utilizado en la construcción, es el yeso. Abundante también en amplias zonas de la región, se emplea no sólo en enlucidos interiores sino en elementos estructurales, muros, bóvedas y como material de agarre de mamposterías y fabricas de ladrillo. Su aplicación en fábricas mixtas con madera recoge sin duda tradiciones de época islámica y puede verse sobre todo en las casas más modestas.

La madera, aparte de su empleo en elementos estructurales de forjados y muros, se utiliza en carpinterías de puertas y ventanas, en bellas galerías que se orientan a mediodía y en los aleros, algunos profusamente decorados y que expresan otra de las tradiciones artesanas del país.

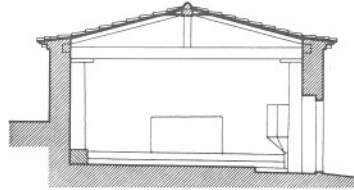
El ladrillo y los elementos cerámicos son escasamente utilizados, salvo las tejas en los



PLANTA

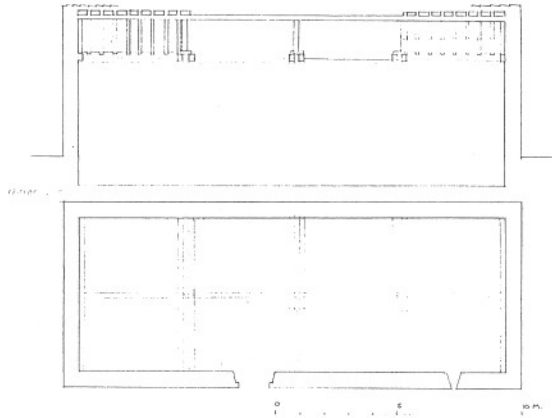
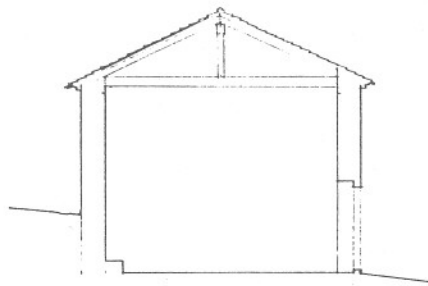


ALZADO



SECCION

Ermita de San Roque. Tramacastilla (Teruel)



Ermita de la Fuente del Buey

tejados. Sólo a partir del siglo XVIII se extiende la construcción de aleros formados por filas alternadas, en vuelos sucesivos, de tejas y ladrillos. Salvo en escasísimos elementos estructurales, el ladrillo no aparece en la arquitectura de la Sierra. En los suelos se emplean, a veces, baldosas cerámicas, pero más corriente es que sean de yeso bruñido y a veces pintado.

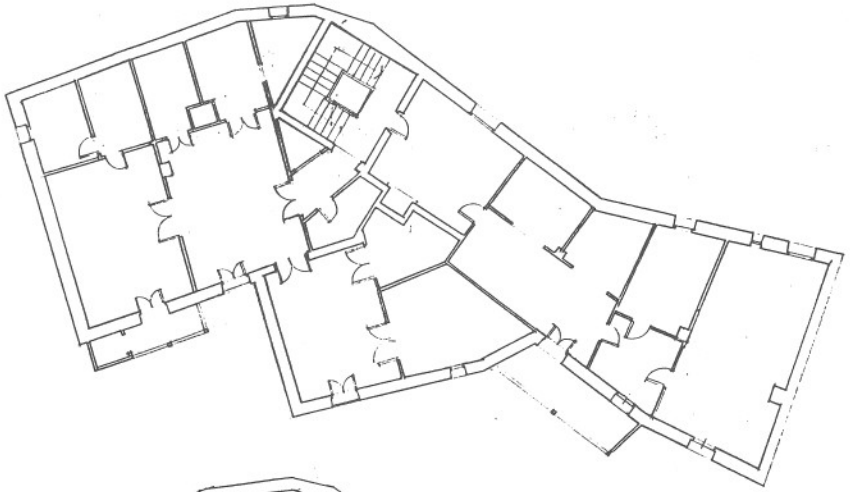
El clima frío y duro de estas sierras condiciona también la arquitectura. Los huecos son escasos y de tamaño reducido, más pequeños los que dan al norte. En las fachadas al mediodía, en las que se sitúa la puerta cuando es posible, se disponen balcones o galerías para aprovechar los días soleados del invierno. La cocina es la habitación principal de la casa, en donde se hace la vida en torno a la lumbre, cuya chimenea se utiliza para calentar otras habitaciones de pisos superiores. También las cuadras de las caballerías suelen estar dentro de la casa para aprovechar el calor de los animales. Muros y tejados reducen al mínimo su número y superficie para conservar el calor. Aunque la pluviometría no es demasiado elevada, en las partes más altas de la Sierra nieva en invierno con frecuencia. Pese a ello, los tejados no tienen pendientes pronunciadas pues la abundancia de madera permite construir estructuras de cubierta suficientemente robustas para aguantar el peso de la nieve que en ellos se acumula.

La ocupación agrícola y sobre todo ganadera, de las gentes de la Sierra condiciona igualmente el carácter de la arquitectura. El acceso de las caballerías a la casa, los almacenes para aperos y los graneros para guardar los productos de la cosecha, son condicionantes de la arquitectura de la vivienda. Construcciones típicas de la Sierra son las parideras o edificios para guardar las ovejas. Abundan tanto dentro de los pueblos como por los montes y suelen estar acompañadas por un cercado o corral. Las parideras aisladas tienen una estampa característica: Muros de mampostería, de escasísima altura, y tejado de teja a un agua que sigue la misma pendiente del terreno. En conjunto presentan un gran mimetismo, integrándose totalmente en el paisaje.

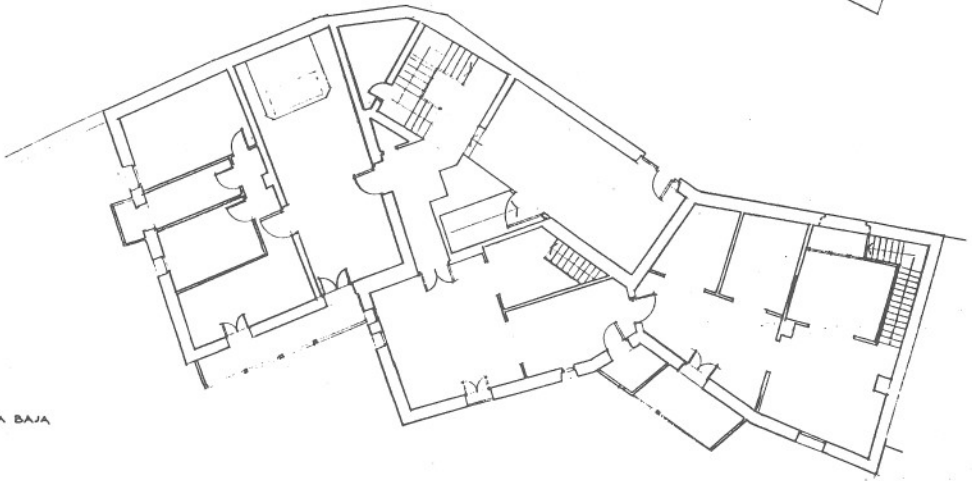
La arquitectura residencial o doméstica de la Sierra sigue pautas parecidas a las de la ciudad, aunque se observa en los edificios una mayor regularidad en su planeamiento debido a contar con el espacio suficiente para su construcción, cosa que no ocurre en Albarracín. Al igual que allí, encontramos grandes casonas o casas solariegas que pertenecieron a familias importantes de la Sierra, sin duda grandes ganaderos, y otra arquitectura más modesta, que corresponde de todos modos a esquemas parecidos aunque planteados con más sencillez.

La mayor parte de las iglesias de la sierra corresponden a dos momentos de auge constructivo: la segunda mitad del siglo XVI y el siglo XVIII, aunque queden algunos vestigios de como debieron ser las iglesias medievales cuya disposición sólo podemos conjeturar gracias a descripciones más o menos escuetas y al análisis de algunas ermitas o iglesias, que aunque de construcción más tardía, parecen recoger la tradición antigua de los primeros templos. Las descripciones que poseemos de estas iglesias datan de comienzos del siglo XVII, momento en que se están renovando muchas de ellas, y nos las describen diciendo que eran "de una nabada labrada a lo antiguo, con bóveda de madera". La expresión primera indica que la iglesia no había sido renovada en ese momento, y la segunda nos habla ya de una característica clara: No tenían bóvedas de piedra sino armaduras de madera vista, quizá con alguna decoración dentro de la tradición mudéjar. Las ermitas de Santa Bárbara, del cementerio de Broncha-

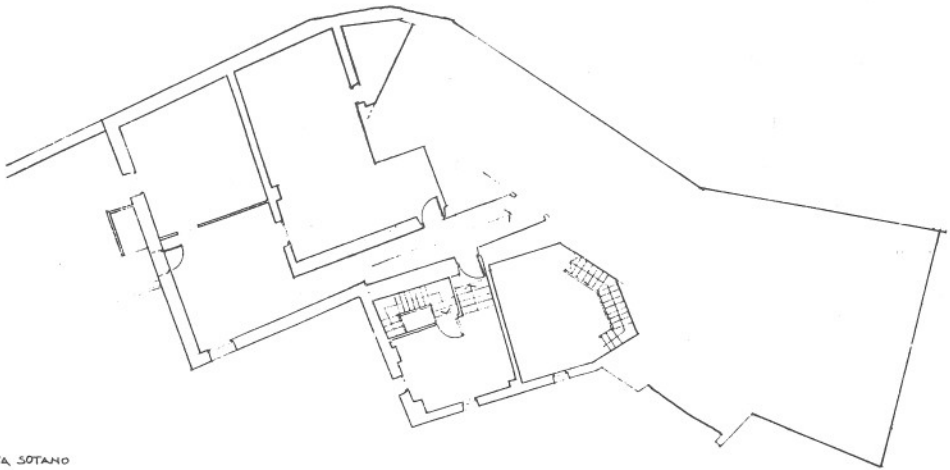
PLANTA PRIMERA



PLANTA BAJA



PLANTA SOTANO



0 5 10 M.

Casa de los Navarro de Arzuriaga. Albarracín

les, la de S. Roque, también en el cementerio de Tramacastilla y hoy ya destruida, y la inmediata a la Fuente del Buey, cerca de Frías, son construcciones de este tipo. Tienen una nave única, de planta rectangular bastante alargada y sin ábside, orientada en sentido este-oeste. La puerta, generalmente con arco de medio punto, se abre en el lado que mira hacia el sur, ligeramente descentrada hacia los pies. Un pequeño hueco, generalmente con forma de aspillera o tragaluz, suele haber como toda iluminación, en el mismo lado y cerca de la cabecera.

Lo más notable de estas construcciones es la armadura de la cubierta, que queda vista por el interior. Suelen ser de par e hilera, con tirantes sostenidos por canes que a veces presentan decoración tallada. Aunque de época más tardía, pero dentro del mismo esquema hay una ermita entre los términos de Bronchales y Orihuela del Tremedal, hoy abandonada y trasformada, que se conoce como El Torrejón. Presenta sobre la puerta la fecha de 1605. Interiormente es similar al modelo descrito solo que la cabecera es ochavada y tiene a los pies una ventana para orar desde el exterior. La estructura de la cubierta es interesante, porque, aunque mal construida, se trata del único ejemplo de armadura de par y nudillo que queda en la Sierra. Su estado de conservación, como el de las antes mencionadas, es bastante precario. Merecería que se las conservara como ejemplo de un tipo de arquitectura hoy a punto de desaparecer. La de Tramacastilla ha sido derribada hace un par de años pero la de la Fuente del Buey aún podría dedicarse a refugio o albergue, siempre que se acometa su restauración antes de que se hunda definitivamente la cubierta.

El siglo XVI constituye un momento trascendental en la arquitectura de la Sierra de Albarracín. Su primera mitad está marcada por la renovación del templo catedralicio de la ciudad y la construcción de la iglesia de Santa María, obras ambas en las que participa un arquitecto de gran talla como fue Quinto Pierres Vedel.

La disposición de la catedral es la típica de los templos construidos en esta época. Tiene planta de nave única con capillas laterales abiertas a ésta. Esta disposición espacial es herencia de las iglesias góticas de los siglos XIV y XV y no contiene ninguna innovación propia del Renacimiento más que en lo decorativo. Pilastras o columnas de orden clásico con su correspondiente entablamento enmarcan los arcos de embocadura de las capillas, que presentan igualmente molduración clásica. Esta disposición compositiva es típica del Renacimiento que la tomo de la arquitectura romana. La composición y los elementos decorativos son renacentistas, pero el concepto espacial de la iglesia sigue siendo el mismo que el de épocas anteriores.

La nave y las capillas se cubren con bóvedas de crucería con abundantes nervios secundarios de tradición gótica aunque su forma esférica difiera de los modelos del siglo anterior, permitiendo, con su mejor disposición a resistir las cargas, una construcción más delgada y ligera. Estas bóvedas suelen hacerse con ladrillos puestos de plano o con piedras muy porosas y ligeras y sólo los nervios, al menos en la primera mitad del siglo XVI, son de piedra.

Es probable que en esta primera mitad de la centuria, el esfuerzo económico que supondría para el país la construcción de la nueva catedral paralizara la de otras iglesias en las aldeas. Pero pasada la mitad del siglo, y sobre todo hacia el cambio de centuria, se acometen en la Sierra gran número de obras, ya sea de construcción de iglesias, ya de meras capillas. Todo esto parece indicar un cierto desarrollo económico, sin



duda ligado al comercio de lana, principal producto de exportación del país. Artífices obras son una serie de maestros canteros, en su mayoría originarios de la Montaña y tierras limítrofes entre Vizcaya y Santander, que contratan con concejos y particulares la realización de las obras.

Características principales de estas iglesias son el tener nave única con capillas entre los contrafuertes cubierta con bóvedas de crucería, acceso por un lateral, el que mira al sur, a través de un pórtico o atrio, y disponer la torre a los pies. Las construcciones son de mampostería con elementos de cantería en atrios, puertas, ventanas y cornisas. En el interior, las fábricas estaban enlucidas y pintadas, a veces imitando sillería y con pilastras o semicolumnas adosadas a los muros que delimitan los tramos de la nave. Una cornisa recorre horizontalmente todo el templo marcando el arranque de las bóvedas. Las pilastras y los nervios de las bóvedas son a veces de piedra labrada, mientras los plementos o partes planas de las bóvedas se construyen con piedra porosa o ladrillo.

Los únicos elementos decorativos suelen ser las portadas, que están protegidas por atrios. Estos, orientados al sur, son lugar idóneo para reunirse y conversar antes y después de las celebraciones litúrgicas y servían en otros tiempos para la reunión del concejo cuando no había edificio exprofeso para ello.

En el siglo XVIII cambia el tipo de las iglesias que se construyen en la Sierra. Las iglesias de esta época son de tres naves con pilares exentos y las capillas quedan reducidas a simples altares adosados al muro externo de las naves laterales. Sólo en algún caso se construyen capillas con plena independencia espacial y como edificación casi independiente.

Son más bien escasa las construcciones de carácter civil y público que se conservan en los pueblos de la Sierra. Prácticamente se reducen a los Ayuntamientos, edificios que guardan igualmente un carácter homogéneo y simbólico.

Estos edificios se caracterizan por su tamaño más bien reducido y por estar la planta baja ocupada casi enteramente por un porche o lonja con apertura en uno de los lados por medio de dos arcos. En algún caso como en Terriente se abre otro de los lados por medio de otro arco y en Villar del Cobo hay un sólo arco central con dos huecos laterales que no llegan al suelo. Este del Villar quizá sea, de todos los edificios de este tipo, el más arcaizante al conservar molduraciones de tradición gótica.

Las lonjas de estos edificios debieron sustituir en sus funciones civiles a los pórticos de las iglesias como lugar de reunión del concejo. También tuvieron finalidad comercial al colocarse en ellas los vendedores ambulantes y feriantes y celebrarse subastas y otras actividades del género. A veces parte de la planta baja está ocupada por algún cuarto o almacén o por la cárcel o depósito de presos. Sobre esta planta hay otra con un salón de reuniones y algún cuarto para archivo u oficina sin especial interés. Siempre están orientados hacia el sur para aprovechar el soleamiento.

Concluido este recorrido cabe que nos preguntemos sobre las posibilidades que esta arquitectura y su organización urbana tienen de sobrevivir. Transcurridos cinco años desde que hiciera un recorrido por toda la Sierra, tengo que reconocer que las visitas esporádicas que he realizado con posterioridad a algunos de los pueblos, no invitan al optimismo, sino todo lo contrario. El más grave problema con el que nos enfrentamos

es la desculturización (o transformación cultural si no queremos ser tan drásticos, aunque he de reconocer que resulta más exacto el primer término) que ha sufrido el país y que va pareja con el brutal despoblamiento acaecido en la segunda mitad de esta centuria. Las nuevas ocupaciones como el turismo rural no parece que, hoy por hoy, se encaminen en la dirección apropiada que permita la conservación de estos valores. No hay más que ver los chalets de veraneantes que van surgiendo en los alrededores de nuestros pueblos para darnos cuenta de la escasa sensibilidad de técnicos y propietarios y de lo lejos que están de sintonizar con la cultura tradicional del país. La escasa actividad económica de tipo agrícola, ganadero o industrial, tampoco aporta generalmente mas que agresiones al entorno urbano o al medio natural, lejos del mimetismo y adaptación al medio que tenían las construcciones tradicionales. Evidentemente no pasa por la mente ni de los técnicos que proyectan ni de los propietarios que encargan y ni de los que ejecutan las construcciones, sintonizar con ese entorno como se hacía en otra época. En suma, quizás estemos asistiendo al final de una cultura y de sus formas de vida y de expresión. Y quizás sólo sea posible conservar algunos pocos ejemplos de esa arquitectura en unos determinados entornos urbanos protegidos, para que queden de testimonio, casi arqueológico, de lo que fueron las formas de vida y el medio en que se realizaron. Personalmente, y salvo que exista un auténtico revulsivo social que mueva a apreciar y recuperar los valores de la cultura que desaparece, no creo que haya demasiada esperanza en este campo. Sólo con actitudes de auténtica cultura, pero sentidos no por minorías elitistas sino por la sociedad de forma mayoritaria, podrá existir una solución para salvar nuestro patrimonio rural.

Antonio Almagro.  
*Escuela de Estudios Arabes. (C. S. I. C.). Granada.*